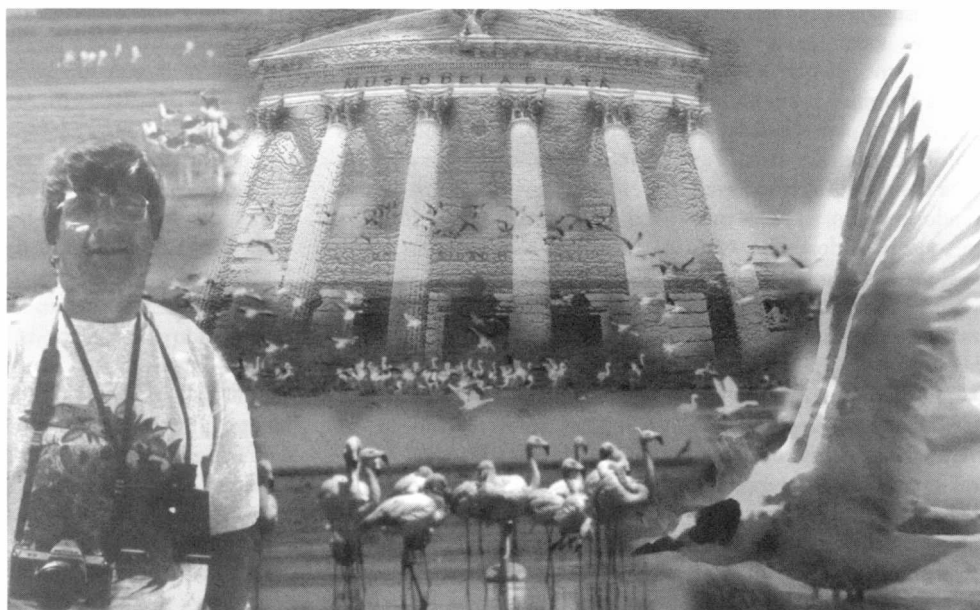


MARIANO MARTINEZ

UN NATURALISTA DEL MUSEO DE LA PLATA



*...**L**egamos a una gran laguna, casi cubierta de aves silvestres; era de verse el gracioso movimiento de los cisnes negros y el efecto de su oscuro plumaje... A cierta distancia vimos una casa... el mismo propietario, un caballero argentino de apellido Martinez vino hacia nosotros y nos invitó a pasar...*

William Mac Cann

*Viaje a caballo
por las provincias argentinas*

MARCELO ZÁRATE (*)

Para aquellos que hemos estudiado en el Museo de La Plata, y que las vueltas del destino nos desparramaron por cualquier lado, existe un fuerte sentimiento de pertenencia compartido, algo que no se explica, pero que se siente intensamente. Es el espíritu del Museo; el intangible, penetrante y misterioso espíritu que uno atesora de aquellos años cada vez más lejanos cuando, entre los vahos de formol de los pasillos, casi un néctar embriagador al evocarlos, descubríamos a los grandes naturalistas, conocíamos a las personalidades de las ciencias argentinas y paladeábamos el sabor incomparable de las campañas, esos viajes imborrables en el tamiz del recuerdo, convertidos en tradición de las numerosas generaciones de biólogos, paleontólogos, geólogos y arqueólogos que estuvimos en el Museo.

Somos vástagos del mítico Museo y de los tantos, Mariano Martinez fue uno de los críos que supo llevar y transmitir esa impronta emblemática del Naturalista formado en el bosque platense.

Desde su infancia suburbana marplatense, allá en los límites de la ciudad todavía pueblerina, donde había nacido en 1956 y donde la vía del tren era el límite casi con el campo, con "el otro lado" según él contaba, Mariano hizo sus primeras armas de naturalista, acompañando a un padre aficionado a los fósiles, a las salidas al campo, a la vida en contacto con la Naturaleza. Fue el único de los cuatro hermanos que decidió estudiar algo que lo relacionara estrechamente con el mundo natural. Y así eligió ser zoólogo y estudiar en La Plata y se recibió y empezó formalmente a dedicarse a lo que le gustaba, las aves.

Anteojos de metal, siempre o casi el mismo viejo modelo que usaba desde hacía años y que se negaba a cambiar, se los calzaba en una muy pródiga nariz la que, en comunión con los anteojos cómodamente montados sobre ella, consti-

tuían, la dupla, la marca registrada de Mariano. Tal vez, por ese exceso en la ñata encubierta, los amigos del Museo lo llamaron irremediablemente El Tucán.

Tranquilo y callado, hincha tibio de San Lorenzo y un tuercia de los que madrugaba el domingo para escuchar la carrera, Mariano o Nano para su familia, era básicamente un agudo observador, un observador de detalles, de situaciones, muy perceptivo y muy conocedor de los estados de ánimo de la gente, lo que él mismo definía como observador de la fauna humana. Tenía la innata habilidad de entrever eso que uno llamaría eufemísticamente sintonía entre la gente.

Tenía aversión por los números, cualquier cosa con números. Y si algo me hizo admirarlo es que, como yo, detestaba los botones, esa invención tan práctica, pero tan repulsiva que la gente utiliza asiduamente. Pocos seguramente deben conocer esta intimidad y sólo alguien que comparta una repulsión tan redonda y nacarada a veces, ¡sabe lo que significa un botón para quien los detesta! Mariano, sin embargo, había llegado a la osadía de usar camisas, un verdadero logro.

Y si había algo que lo movilizara hasta la médula, eso eran las fiestas, las reuniones, los festejos. Eran acontecimientos imperdibles y Mariano, por supuesto,... ¡infaltable! No era el centro de la reunión, el que suele acaparar la atención del conjunto; todo lo contrario, estaba allí, hablando, riendo, compartiendo. En el '96, había cumplido sus 40 y nada mejor que celebrarlo con una gran fiesta

en la casa familiar de Mar del Plata a la que fuimos muchos de sus amigos. Fue la gran fiesta que organizó con dedicación y que ocupó las charlas de sus amigos durante varios días. Y Mariano la disfrutó con todo, como disfrutó todo lo que la vida le presentó.

Su admirable capacidad de observación, talento que fue perfeccionando con los años, era materializada en sus teatralizadas clases marplatenses. Ningún alumno o espectador casual podía dejar de comprender el movimiento de las garzas buscando alimento o la emoción disimulada de un grupo de gallaretas audaces internándose en un sembrado de trigo tierno, al que Mariano podía imaginar como un delicado manjar para el paladar exquisito de aquellas aves. Y estaba entonces Mariano, levantando su mano, su pie, la cabeza, contorneándose y haciendo cualquier movimiento necesario para convertirse en una de esas aves que tantas veces había visto.

Recuerdo una vez, en una tarde marplatense de la primavera tardía, de esas cuando el calor empieza a apretar, que Mariano captó los cantos de unos pajaritos migratorios en el medio del batifondo ensordecedor del jardincito de la facultad. Según contaba Laura, su mujer, solía estar en su casa escuchando música, otra de sus pasiones, y podía escuchar el paso de algún ave anochecida o tempranera rumbo al lugar elegido. Le encantaba lo que hacía y le encantaban los animales, predilección que él decía, tenía desde la niñez, cuando enfermo, recordaba mirar

una y otra vez las fotos de monos, leones y cuanta fiera le mostrarán. Fue un ferviente defensor de la fauna, un auténtico conservacionista y ese fue su mensaje genuino, permanente y constante.

Pocas cosas gozaba tanto como las salidas al campo, era su pasatiempo predilecto. Privilegiaba un día de sol, una tarde de playa, el aire libre a cualquier cosa a puertas adentro. Lo recuerdo recorriendo los pastizales y bosquesitos de talas con sus binoculares y la cámara. Y lo recuerdo silente, abismado en la escena pampeana, mirando, disfrutando. Era entonces, cuando surgía la historia compartida de las escalinatas, la avenida de ginkgos, los amigos del Museo. Recordaba con cariño indisimulado sus años de alumno y los años en el laboratorio de Vertebrados donde a la hora del té de la tardecita, compartía los secretos y los últimos sucesos del edificio del Bosque.

La laguna de Mar Chiquita, al norte de Mar del Plata, había sido su campo de acción, su gran amor naturalista, su objeto de culto. En Mar Chiquita, su lugarpreciado y querido, pasó muchas horas, entre los pastizales y esa laguna a la que conocía como la palma de su mano. Allí fue donde tuvo aquel legendario encuentro muy cercano con un chanco salvaje que lo sorprendió en una de sus habituales recorridas; sus anteojos volaron, él cayó tendido en el piso, y del chanco, ni rastro. Quedó en su anecdotario de campaña con el que solía amenizar alguna reunión o sorprender a sus nuevos oyentes alumnos, admirados por los pe-

ligros que había enfrentado el profesor Martínez. Con el tiempo, el chanco se fue convirtiendo en un ser mítico y como era de esperar en nuestra argentinísima idiosincracia, fuente de inspiración de innumerables bromas.

No se bien el porqué, pero siempre lo imaginé eterno, ni siquiera remotamente alguna vez sospeché que migraría tempranamente hacia su dormidero reparador. Fue tan vital y agradecido a la vida que lo pude sospechar viejito, andando por el campo o mirando el mar, invariablemente tranquilo, escudriñando el horizonte en busca de otras aves. Pero ahora las cosas cambiaron, son diferentes a como las imaginé. A Mariano ya no lo veo. Sin embargo, tengo la certeza de que está allí, en las playas del faro esperando la gran ola para barrer; está en el silencio de los talaes y en los pocos pastizales que van quedando; está fundido en la inmensidad de la Naturaleza que tanto admiró y amó. Y definitivamente está entre las cortaderas y los pastizales de Mar Chiquita con los binoculares y la cámara lista para una foto.

De todos aquellos que lo conocimos, de Laura que lo quiere, de todos sus amigos, de todos, vaya este saludo al naturalista Mariano Martínez, un hijo dilecto del Museo de La Plata.

* Investigador del CONICET.

ADHESIÓN

Tintorería Hinomoto

Avda. 44 esq. 8, Tel.: (021) 21-4744, 1900 La Plata